

Con la publicacion de ese decreto vinieron los infames asesinatos cometidos en Michoacan el 21 de Octubre, en las personas de los generales Arteaga y Salazar, los coroneles Diaz Paracho y Villagomez, y el presbítero Mina.

Todo fué irregular en aquella terrible ejecucion: se aplicó un decreto no conocido aún en aquellas localidades, violando el eterno principio de que las leyes no obligan ántes de su promulgacion. Esto es tanto mas estraño cuanto que ese decreto fué llamado, con una sangrienta ironía, el decreto de amnistía.

Pocos dias despues de publicado el decreto tantas veces mencionado, Maximiliano cambió su gabinete.

Esto es inesplicable.

Complicar á aquellos hombres en aquella declaracion de guerra contra el derecho de gentes, contra los principios de la inviolabilidad de la vida humana, de la civilizacion y de la humanidad, abrir entre ellos y la república un lago de ódios, manchar la frente de cada uno de ellos con un estigma de sangre, y separarlos despues de su lado, es un misterio que jamás se ha descifrado.

Entraron, en lugar de Ramirez, D. Martin Castillo, y D. Manuel Siliceo fué sustituido por Artigas.

III.

Terminó el año de 1865 y pasó el primer tercio de 66 sin que mejorara en nada la situacion del nuevo imperio.

El nuevo ministerio era tan impotente como el anterior para dar vida á aquel cadáver, galvanizado por un momento bajo el soplo de Napoleon.

Escepcional era en efecto la condicion en que se habia puesto Maximiliano: si continuaban los franceses en México apoyando el trono, no podia gobernar en el pleno goce de su soberanía: si se retiraba el cuerpo expedicionario, sucumbiria aplastado por la insurreccion del país.

Porque dos males incurables figuraban en primer término entre los muchos de que adolecia aquel cuerpo político.

El primero era la guerra interior, tenaz, implacable, reproduciéndose bajo mil formas distintas: ya espresada por la opinion pública en los escritos de la prensa pequeña y en los periódicos conservadores, que se habian hecho de oposicion desde la partida de Meglia, y por la resistencia que se notaba en todas las clases para ayudar al gobierno imperial: ya sostenida por las fuerzas liberales, que unas veces se organizaban en gruesas masas para amagar las ciudades fronterizas, y otras se dispersaban en guerrillas

impalpables, que solo se dejaban ver para dar un golpe de mano audaz y terrible.

El segundo era el gobierno americano. Desde la ocupacion de Richmond, cambió el tono del gabinete del Norte al ocuparse de la cuestion mexicana. Pero cuando se completó la pacificacion y comenzó á organizarse aquella poderosa república, la Casa Blanca, con toda su insolencia de yankee y sin guardar las fórmulas que ecsige la etiqueta diplomática, mandó al gobierno de las Tullerías que sacara su ejército de México.

La primera nota americana lanzada con tal objeto al rostro del emperador de los franceses, tiene la fecha de 6 de Diciembre de 1864. En los primeros meses de 1865 ya habia Napoleon inclinado la cabeza ante aquella amenaza y ofrecido abandonar á su aliado.

¿Podia Maximiliano salvar su obra ante ese doble conflicto?

Rápidamente lo examinaré en sus dos faces.

Kétatry, aunque sin método alguno, sin guardar ningun orden cronológico, y exhibiendo los documentos que se le facilitaron para su obra, sin cuidar de ordenarlos guardando siquiera la antelacion de sus fechas, describe sin embargo con bastante precision las desgracias interiores que llovian sobre la cabeza del infortunado soberano.

Pero aunque enarra las sucesivas derrotas que sufrían los imperiales, olvida las que á su vez tuvieron los franceses: es que no advierte que esa omision no bastará para borrar los desastres del ejército expedicionario que la historia tendria cuidado de anotar en la hoja de servicios del mariscal Bazaine.

Brevemente liquidaré el haber y el debe de esa gloria militar.

Hasta 1865 la expedición á México costaba á la Francia 11.000 hombres y 135.000,000 de pesos.

Es decir que el contingente de sangre, que es el mas doloroso para un pueblo, venia á importar poco mas ó menos á razon de 3.000 hombres muertos por año, ó 250 cadáveres al mes, lo que da una suma de 8 hombres diarios sepultados en el suelo mexicano. Si es cierto que la carne humana es un buen abono para la tierra, no hay duda que Napoleon nos hacia el servicio de enviar á nuestros labradores una cantidad respetable: cuarenta arrobas diarias de abono francés.

Pero ese abono salia de un pueblo de hermanos, porque el pueblo francés no es responsable de la infame agresion que nos hacia el hombre del 2 de Diciembre, y este reportará un anatema eterno por haber prodigado en un suelo extraño la sangre de la raza cuyos destinos regia. Y cuando México y Francia vuelvan á tenderse la mano á través del Océano, maldecirán la memoria del hombre que armó á la una de estas naciones contra la otra.

Hecha esta terrible balanza, seguiré contando lo que perdió aún la Francia en el año siguiente de 1866 y los dos primeros tercios de 67. Esa pérdida no fué tanto en oro y sangre cuanto en honra.

Los franceses sentian que el suelo de México temblaba bajo sus piés como si fuera á estallar una mina ó á reventar un volcan: respiraban un viento de muerte, y vivian en una perpetua alarma.

Cada dia en efecto les era mas hostil la actitud de los mexicanos. Los conservadores no les perdonaban que hubieran traicionado sus esperanzas y que los trataran con un desprecio tan altivo. Los liberales no transigian con la presencia del extranjero, aunque reconocieran que este mas bien habia venido á favorecer su causa que á dañarla, puesto que la intervencion no era mas que el apoteosis de la República tan calumniada. Los imperialistas, es decir, ese grupo mixto que rodeaba á Maximiliano, tambien lu-

chaban día á día con los altos funcionarios franceses, cuya tutela no toleraban y cuya mala fé veían.

De aquí es que cada día eran mas solemnes y palpables las manifestaciones de odio á los estrangeros.

El 5 de Mayo de 1866 se celebró con mas pompa que en los anteriores el aniversario del triunfo de Zaragoza.

La calle que lleva el nombre de esa fecha memorable, estaba, al amanecer ese día, tapizada de flores y cubiertos los frentes de las casas, y los balcones y las paredes, de coronas de laurel, de colgaduras y de inscripciones alusivas.

El sepulcro del general Ignacio Zaragoza, héroe de esa jornada, estaba lleno de coronas, de luces y de ramilletes. Millares de ciudadanos é infinitas señoras vestidas de negro, fueron en comitiva llevando cruzada al pecho una banda tricolor.

El cuartel general no se atrevió á tomar medida alguna en contra de aquella demostracion del sentimiento público: se limitó á enviar algunos gendarmes al panteon de San Fernando, para que fueran los mudos testigos de la ovacion que hacian los mexicanos á la memoria del vencedor de los franceses.

Por aquella época casi, venia la Peralta á la República, y hacia su debut en el Gran Teatro Nacional. Desde aquel momento el *ruiseñor mexicano* fué un nuevo pretexto para que los mexicanos hiciesen patente su odio á la Francia. La célebre cantatriz era anti-intervencionista, y en sus canciones alusivas, en sus trages y en sus conversaciones públicas, demostraba siempre cuanto sentia ver á su patria hollada por el estranero: además, un periódico francés habia intentado deturpar el mérito de la artista que habia recibido tanto aplauso en los teatros de Italia.

Todo esto era bastante para que el público mexicano hiciera su predilecta á la prima dona, recibéndola siempre

con un inmenso y nutrido palmoteo, y bañándola con un torrente de ramilletes y coronas.

Bazaine, cada vez que se efectuaban tales triunfos, tenia que salirse del teatro con todo su estado mayor.

Iguales escenas tuvieron lugar en todas las ciudades del interior que iba recorriendo la Peralta.

La voluntad nacional estallaba, pues, por todas partes, agobiando de fatiga á los estrangeros que querian luchar contra ella.

Sobre todo, es preciso no olvidar que el trono mismo era el principal enemigo de la intervencion francesa.

Maximiliano tenia una inteligencia bastante privilegiada para comprender que no se consolida un trono con un ejército estraño, y un gran corazon para resolverse á sostenerlo con los elementos propios, desechando los estraños, que deshonoran y perjudican mas de lo que sirven.

Así es que, como lo indiqué ya desde su elevacion, trató de organizar un ejército indígena que fuera suyo, á fin de apresurar la retirada del ejército francés, cuando sus fuerzas propias bastaran para contener á los liberales.

Pero la Francia traslució el proyecto del emperador, y trató de enervarlo: entonces, cuando aun no recibia la intimacion americana, queria cortar en México, por salvar los intereses tan multiplicados y graves que habia empeñado en aquella obra.

Sin embargo, Kératry, en la mayor parte de su obra, se empeña en sostener que en el gabinete imperial fué adonde naufragó el proyecto de organizar el ejército mexicano, tanto por las vacilaciones del soberano, como por la impericia de su gabinete.

Pero en esto, como en muchas otras cosas, Kératry es inesacto en lo que afirma.

Los documentos respectivos que exhibe, solo demuestran que Bazaine, ó algun otro elemento francés, entraba en las

combinaciones que hacia el ministerio imperial sobre organizacion militar, solo para nulificar sus resultados, ejerciendo una tutela constante sobre los nombramientos de los gefes, el reparto del armamento, el movimiento de las fuerzas, la fabricacion de las municiones de guerra, y sobre todo, revelando un desprecio profundo sobre la importancia militar que tenian las tropas imperialistas.

Bazaine no atendia á que si no le hubieran abierto el camino con sus operaciones de vanguardia las fuerzas mexicanas de Mejía y Márquez, la ocupacion del interior no hubiera sido tan rápida y feliz como fué.

Además de la pretension de hacerse necesarios al imperio, tenian los franceses una profunda desconfianza de los mexicanos, y por eso estorbaban que se armaran.

Y es un hecho, cuyo documento justificativo mejor es el testimonio de todo el país, de que la artillería y los almacenes militares pertenecientes á México estaban en poder de los franceses, y el mismo Kératry cuenta que solo á la hora de retirarse mandó el general en gefe que se entregaran á los comandantes imperiales.

Para armar un pueblo ó una villa de las que pretendian defenderse del continuo amago de las guerrillas, era preciso pedir el permiso al mariscal, quien muy pocas veces lo concedia.

Inútilmente pretende, pues, Kératry, sostener que el mariscal cuidaba y pretendia que se organizara el ejército imperial: los hechos desmienten esa aseveracion.

Por otra parte, mal podia el emperador levantar tropas cuando no las mantenía á causa de que el tesoro público era continuamente vaciado por los interventores extranjeros.

En vano llegaban á la capital los financieros franceses facturados en Paris, y consignados al gabinete imperial. Seis vinieron sucesivamente; Budin, Corta, Bonnefonds

Langlais, Maintenant y Friant, y todos tuvieron un fin trágico: los mató el clima, la demencia y el ridículo. Pero ni lograron disminuir el egreso de la suntuosa lista civil que consumian los extrangeros parásitos del trono, ni aumentar las entradas, cercenadas además por la asignacion de las convenciones.

Hé aquí por qué Maximiliano no pudo poner en pié su ejército, tal como lo requería la situacion, que tanto se complicaba.

No habia un Estado de la República que no estuviera invadido.

Tamaulipas estaba incendiado, hasta arrojar de allí al odioso Dupin, en cuya contra-guerrilla estaba, como segundo gefe de ella, el mismo Kératry. Mejía se veia obligado á permanecer encerrado en la plaza, constantemente amagado por las fuerzas del general Escobedo, Rocha, Hinojosa, Garza, Cortina y Canales. Desde los últimos meses del año anterior de 1865 guardaban aquella angustiosa situacion las fuerzas imperiales, sobre todo despues del sitio de la plaza y los ataques que sufrió durante los dias 22, 24 y 25 de Noviembre, en virtud de los cuales la plaza fué ocupada, viéndose obligado Mejía á encerrarse en el Obispado y en la Ciudadela, á causa de haber sido completamente derrotada la columna francesa, que al mando de La Hayrie marchaba en auxilio de la ciudad, la cual pudo salvarse solo por la llegada de Jeanningros con fuerzas superiores.

En Sinaloa, el cuerpo espedicionario dejaba tambien sus timbres de invencible. Corona, Rubí, Martinez y otros mil, batian constantemente á las columnas francesas, y estas se veian reducidas á permanecer solo en Mazatlán.

El Estado de Veracruz estaba todo ocupado por la insurreccion sostenida por los generales Alejandro García y Alatorre; Oaxaca se levantaba de nuevo á la voz de Porfirio Diaz: en Michoacan combatian sin descanso Régules y Ri-

va Palacio: en el Sur no quedaba ya un solo francés, y las fuerzas de Alvarez, Jimenez, Altamirano, Figueroa y Leyva, se desbordaban hasta el Estado de México: los Estados del centro estaban llenos de guerrillas, y en suma, los franceses solo eran dueños del terreno que pisaban, y cuando los imperiales se quedaban solos eran hechos pedazos.

Hé aquí la situación interior agravada por las diferencias tan graves que surgían entre los gabinetes de México y las Tullerías.

Veamos lo que había en el exterior, muy brevemente, porque el tiempo se me acorta.

Desde el 6 de Diciembre, como ya lo he dicho, había salido de la secretaría de Estado de Washington una nota dirigida al marqués de Montholon, ministro de Francia, en la cual se exponía cuál sería la política que en lo sucesivo guardarían los Estados Unidos respecto al continente americano.

Al mes anunció el ministro francés que se retirarían las fuerzas á la mayor brevedad posible.

Esto no bastó á la Casa Blanca, y el día 12 de Febrero volvió á insistir en su demanda, pidiendo que precisara la época en que tendría lugar la desocupación de México.

Napoleon III, el altivo, el imperioso, el que tenía en sus manos el equilibrio europeo, el papado y el trono de México, lleno de terror sacrificó al archiduque.

Yo no puedo seguir día por día cada uno de los episodios de la lucha emprendida entre la diplomacia americana y la europea: además, Kératry dá los suficientes pormenores para que el lector conozca perfectamente ese lastimoso episodio de la intervención. Me limito, pues, á apuntar los meses para no perder el orden cronológico.

Apenas supo la corte de México que Napoleon había cedido ante el mandato de Seward, creyó que debía tomar una medida suprema.

Almonte había partido primero con el carácter de enviado extraordinario de México en París: pero aquella tentativa había fracasado.

El día 31 de Mayo el ministerio francés dirigió una nota en la cual se quitaba toda esperanza á Maximiliano, reagravando esta meticulosa defección, con la infamia de acusarlo de que había faltado á sus compromisos con la Francia.

Todo es miserable en la política de Napoleon, sobre todo en México: afortunadamente los mismos escritores franceses han sido los primeros en condenar á su gobierno, confesando que el emperador de México había satisfecho todas las obligaciones que le imponía el tratado de Miramar: Kératry á su vez acusa á Napoleon de semejante deslealtad.

Al recibir el soberano el día 7 de Julio de 1866 la nota francesa de 31 de Mayo, pensó abdicar; pero á su lado estaba la emperatriz que le ahorró esa acción indigna.

Carlota recordó á su Max, que la corona imperial no debía caer de su frente, sino cuando la arrancaran de allí las balas republicanas. Pero despojarse de ella con terror para esconderla entre los bagajes del ejército francés, y huir con este, era indigno de un vástago de Carlos V.

La altiva, la inteligente emperatriz, tomó entonces una resolución suprema, y al día siguiente, 8 de Julio, partió para Europa.

Todos saben los episodios de ese doloroso viaje; nadie conoce sin embargo, lo que pasó en el secreto de las entrevistas de Carlota con Napoleon y Pio IX.

El emperador de los franceses no pudo ser generoso con aquellos jóvenes soberanos á quienes había comprometido en una empresa absurda para abandonarlos en los momen-